Zeitschrift: Hispanica Helvetica
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: 1 (1991)

Artikel: Personas del verbo y pacto autobiográfico en Jaime Gil de Biedma
Autor: López de Abiada, José Manuel
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-840888

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 14.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

PERSONAS DEL VERBO Y PACTO AUTOBIOGRÁFICO EN JAIME GIL DE BIEDMA

José Manuel López de Abiada
Universität Bern

I. Es posible que alguien se interrogue acerca de las razones que me han movido a presentar, en estos estudios dedicados a la autobiografía, algunos poemas de Gil de Biedma. He estudiado, claro está, las principales aportaciones teóricas sobre ese género literario y he reflexionado sobre los diversos puntos de vista y resultados que nos presentan. No viene, pues, al caso entrar en cavilaciones y digresiones teóricas. Deseo recordar sin embargo algunas nociones por todos conocidas.

Philippe Lejeune llama autobiografía al "récit rétrospectif en prose que quelqu'un fait de sa propre existence" (1). El autor es, pues, narrador y protagonista o personaje. Darío Villanueva nos ha recordado, con palabras de Castilla del Pino, que una de las intenciones de la autobiografía es "ponerse en orden uno mismo", e.d., "construirse, trasladándose de la posición de sujeto a la de objeto". Por otro lado, sabemos que la poesía es con frecuencia autobiográfica (la poesía es el género del yo por antonomasia), aunque sin por ello ser autobiografía: la autobiografía implica por definición un espacio temporal amplio, imposible de lograr con un poema: para ello se necesitaría una serie de poemas con la estructura interna de la autobiografía, al estilo de las décimas de Violeta Parra, (con lo que queda dicho, pese a las aseveraciones de Lejeune, que la prosa no es *conditio sine qua non* de la autobiografía). La autobiografía ofrece elementos suficientes para dudar de la "sinceridad" del enunciador, pese a la posibilidad (relativa) de "verificación" por parte del destinatario: el supuesto valor de "veracidad" que algunos teóricos han atribuido a la autobiografía es falaz y engañoso por definición, pues

sabido es que uno de los elementos ineludibles de la literatura es, precisamente, el de la ficción.

II. Juan Ferraté asevera en un revelador ensayo escrito en noviembre de 1968 -el año de publicación de *Poemas póstumos*- que el "único tema de la poesía de Jaime Gil de Biedma [...] es su propio personaje espectral" (2). En otro pasaje de este lúcido escritor leemos:

> Todo poema conlleva su propio personaje, su máscara propia, que es la que el poeta adopta (no le queda otro remedio) tan pronto se pone a escribir. La convergencia entre el personaje elegido por las palabras del poeta y la persona del autor (otro personaje, hay que admitirlo) no es, sin embargo, tan regular como parece ni tan frecuente como se cree, y es, por lo mismo, característica del desarrollo de la poesía de Jaime Gil de Biedma. Dicha convergencia culmina en los Poemas póstumos, pero, paradójicamente, el personaje con quien el autor se enfrenta en ellos es más bien el que sus propios poemas le descubren (el que sus poemas anteriores le impusieron), y no el que sigue, ¡todavía! atareado vigilándose, con maliciosa tolerancia [...] (p.65).

En una extensa entrevista concedida en 1970 topamos con afirmaciones significativas para nuestros fines (3). A la pregunta del entrevistador sobre el "descubrimiento de su vocación literaria", Gil de Biedma responde lo siguiente: "[...] tenía unas copas encima y me di cuenta de que podía ser poeta porque tenía en la cabeza un poema ya hecho, y lo escribí" [p. 243]. Sobre los dos poemas que más directamente nos conciernen en esta ocasión -"Contra Gil de Biedma" y "Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma"-, y sobre el título del último poemario, cabe reproducir, aunque sea largo, un pasaje sumamente revelador:

> Cuando escribí "Contra J[aime] G[il] de B[iedma]" me encontraba en un estado de deyección y depresión moral muy intenso. [...]
>
> -¿Por qué *Poemas póstumos?*
>
> -Porque la persona que los ha escrito se ha muerto ya.
>
> -¿Es usted y no es usted?
>
> -Exacto. Además, me daba pie el hecho de que el último poema del libro se llame "Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma". En realidad, de lo que se trata es de la crisis del fin de la juventud. Cuando uno termina con una edad de su vida, le pasa como cuando uno termina con una neurosis, es decir, que uno en parte se muere. Hay toda una parte de uno que se muere.
>
> -¿No hay una reencarnación?

-No, no hay la idea de reencarnación; porque el muerto está en pie, como diría Bécquer. La idea es que hay una parte de uno, más o menos valiosa, que se está muriendo, o que se ha muerto.

-Era una obsesión de Malcolm Lowry: la muerte en la vida, la vida en la muerte. ¿Hay alguna relación?

-No. El poema "Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma" está escrito por pura higiene del ánimo, pura higiene mental.

-¿Catártica?

-Sí, en aquellos momentos tenía mucho miedo a suicidarme.

-¿Hace mucho tiempo que lo escribió?

-En julio de 1966. Yo tenía miedo a encontrarme suicidado antes de poder reaccionar. Entonces, lo que ideé... Cuando uno ha llegado a un cierto nivel en una crisis de depresión obsesiva, en que la conciencia racional se desintegra, lo primero que ocurre es que no sabe muy bien lo que quiere y lo que no quiere, y cuando uno ya no establece diferencias claras entre lo que quiere y lo que no quiere, está muy cerca de perder el sentido de lo que ha pasado y de lo que no ha pasado. Entonces, lo que hice fue autoinducirme una idea, inocularme una idea que me hiciera reaccionar histéricamente: crearme la idea de que yo ya me había suicidado.

-Lo cual era falso.

-Lo cual era falso, pero me la inoculé, y reaccioné a la idea del suicidio, o a la idea de que había intentado suicidarme, como si fuese un hecho cierto. Ese poema está escrito precisamente para no suicidarme: para conjurar el miedo que tenía a suicidarme, para darme por suicidado ya, como se ve en la última parte, donde hay una alusión bastante clara. Cuando escribí esa alusión al suicidio, tuve un ataque de miedo que me duró tres días." [pp. 247-248].

Pero también nos ofrece su definición -sucinta y precisa- del poema ("El poema es un intento para no morir del todo", p. 253) y nos revela los "dos temas" de sus versos ("En mi poesía no hay más que dos temas: el paso del tiempo y yo", p. 249). En otras ocasiones había sido todavía más conciso y perentorio. Por ejemplo en las últimas estrofas de "No volveré a ser joven", también de *Poemas póstumos*:

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
-envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.
Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

La "verdad desagradable asoma" y exige del nuevo veterano (o, si se prefiere, ex joven) que ajuste su ritmo de vida a los nuevos tiempos, que encuentre la armonía entre edad y modo de vivir. Ese es, precisamente, el "argumento" del desgarrador y memorable poema "Contra Jaime Gil de Biedma".

III. Ya el título refleja con nitidez la envergadura del contenido: el motivo del doble, desdoblamiento del "yo poético" y el "yo real" de Jaime Gil de Biedma, y la escaramuza interna -casi doméstica, incluso hogareña, si consideramos el "lugar" (4) donde se desarrolla- entre ambos. La primera estrofa constituye una larga pregunta del "yo" que "quisiera saber" a un "tú" destinatario. Al parecer, el comportamiento de éste hace que fracasen los buenos principios del hablante, que ha decidido remozar su malandada reputación, "renunciar a la vida de bohemio" y cambiar de ambiente para lograr sus propósitos.

Resolución noble, si se quiere, pero parece que ilusoria, pues el destinatario está firmemente decidido a ser huésped fijo de la nueva morada del "hablante", a usar sus mismos trajes y a sentarse a su mesa. Decisión que, por otro lado, ha de ser firme, pues es la única posibilidad para el destinatario de seguir existiendo, sobre todo porque esa existencia -o mejor, coexistencia- es posible si los propósitos de cambio de vida del hablante se limitan al entorno "familiar" o meramente exterior:

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación -y ya es decir-,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,
si vienes luego tú pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

En la segunda estrofa se percibe que los reproches del "yo contrito" al "yo pecador" son meramente formales y rutinarios: el hablante pasa lista a las diversas etapas que preceden a los acostumbrados regresos, alude a la inutilidad de los reproches ("si te increpo, te ríes"), a la larga -y durante mucho tiempo en absoluto con lictiva- convivencia de los antagonistas y al repetido derrumbe de los propósitos de enmienda del hablante:

Te acompañan las barras de los bares
últimos de la noche, los chulos, las floristas,
las calles muertas de la madrugada
y los ascensores de luz amarilla
cuando llegas, borracho,
y te paras a verte en el espejo
la cara destruida,
con ojos todavía violentos
que no quieres cerrar. Y si te increpo,
te ríes, me recuerdas el pasado
y dices que envejezco.

En la tercera se advierte con claridad la dimensión imaginativa y cerebral del constructo ("Podría recordarte"), se precisa acerca del "pasado" y el envejecimiento de la estrofa anterior ("más de treinta años") y se señala el desvalimiento del tú borracho y sus promesas vanas:

Podría recordarte que ya no tienes gracia.
Que tu estilo casual y que tu desenfado
resultan truculentos
cuando se tienen más de treinta años,
y que tu encantadora
sonrisa de muchacho soñoliento
-seguro de gustar- es un resto penoso,
un intento patético.
Mientras que tú me miras con tus ojos
de verdadero huérfano, y me lloras
y me prometes ya no hacerlo.

En la cuarta estrofa se insiste nuevamente sobre el carácter antitético de los dos personajes ("débil" vs "fuerte"), se subraya la persistencia de las recaídas ("de tus regresos guardo") y se revela que ambos personajes están condenados a la convivencia íntima, pese a la incompatibilidad de caracteres y a la humillación que el personaje amonestador-moralista siente ante "la excesiva intimidad":

¡Si no fueses tan puta!
Y si yo no supiese, hace ya tiempo,
que tú eres fuerte cuando yo soy débil
y que eres débil cuando me enfurezco...
De tus regresos guardo una impresión confusa
de pánico, de pena y descontento,
y la desesperanza
y la impaciencia y el resentimiento
de volver a sufrir, otra vez más

la humillación imperdonable
de la excesiva intimidad.

Intimidad excesiva e infernal, pero perdurable y continuamente renovada, pues el personaje de los buenos principios cede ante la pertinacia del personaje trasnochador y jaranero, según se desprende del tiempo verbal ("te llevaré", "cruzaremos"): las buenas intenciones quedan anonadadas ante la evidencia de la realidad, las complejas meditaciones de las primeras estrofas quedan zanjadas por la irrevocabilidad de la decisión tomada (pese a que no ignora el desenlace):

Aduras penas te llevaré a la cama,
como quien va al infierno
para dormir contigo.
Muriendo a cada paso de impotencia,
tropezando con muebles
a tientas, cruzaremos el piso
torpemente abrazados, vacilando
de alcohol y de sollozos reprimidos.

Y en la úlima estrofa, tres versos finales que constituyen un cambio de voz y de punto de vista: los dos personajes complementarios y heterónimos ceden el "escenario" a un "tercer" personaje meditabundo y contemplativo:

¡Oh innoble servidumbre de amar seres humanos,
y la más innoble
que es amarse a sí mismo!

Nos percatamos, en fin, de que hablante y destinatario son dos caras de un mismo personaje bifronte, que bien podría ser el poeta Jaime Gil de Biedma. El poeta Gil de Biedma que se enfrenta con su(s) personaje(s) poético(s), que no son otros, como nota Ferraté, que los "que sus propios poemas le descubren". Enfrentamiento que, a juzgar por otro poema posterior -"Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma"- ha desembocado en una separación definitiva, en una interrupción irreversible del diálogo (o, si se prefiere, del monólogo dramático): en el suicidio poético.

IV. Suicidio poético, inmolación del personaje para que pueda sobrevivir la persona, el poeta Jaime Gil de Biedma (o, quizá, "ex poeta", si consideramos que cuando le preguntan por la profesión responde sin titubear: "Ejecutivo de una compañía comercial") (5):

Fue un verano feliz.
...*El último verano*
de *nuestra juventud*, dijiste a Juan
en Barcelona al regresar
nostálgicos,
y tenías razón. Luego vino el invierno,
el infierno de meses
y meses de agonía
y la noche final de pastillas y alcohol
y vómito en la alfombra.

Yo me salvé escibriendo
después de la muerte de Jaime Gil de Biedma.

De los dos, eras tú quien mejor escribía.
Ahora sé hasta qué punto tuyos eran
el deseo de ensueño y la ironía,
la sordina romántica que late en los poemas
míos que yo prefiero, por ejemplo en *Pandémica*...
A veces me pregunto
cómo será sin ti mi poesía (6).

Pregunta un tanto retórica, pues al "haber muerto" (permítaseme la expresión) a su "yo poético" -"su propio personaje espectral", decía Ferraté- ha "muerto" (no nos atrevemos a decir "matado") a su poesía. Mas sucede que la pregunta es capciosa y falaz, pues, precisamente, este poema constituye un ejemplo de cómo se genera el poema conversando con su difunto "yo poético": Jaime Gil de Biedma se dirige, "en paz al fin" consigo, a su finado doble y le rememora los buenos tiempos, las vivencias más intensas y felices del "último verano" de su juventud ("Fue un verano feliz"), rodeado de sus mejores amigos en la mítica casa familiar de Nava de la Asunción, entre los que figuran el poeta Ángel González y el novelista Juan Marsé:

En paz al fin conmigo,
puedo ya recordarte
no en las horas horribles, sino aquí
en el verano del año pasado,
cuando agolpadamente
-tantos meses borradas-
regresan las imágenes felices
traídas por tu imagen de la muerte...
Agosto en el jardín, a pleno día.

Vasos de vino blanco
dejados en la hierba, cerca de la piscina,
calor bajo los árboles. Y voces
que gritan nombres.

Angel,
Juan, María Rosa, Marcelino, Joaquina
-Joaquina de pechitos de manzana.
Tú volvías riendo del teléfono
anunciando más gente que venía [...] (7).

V. He centrado la atención casi exclusivamente sobre dos de los poemas más significativos, conmovedores y memorables de la obra de Gil de Biedma por ofrecer aspectos insólitos, innovadores y originales en lo relativo al género de la autobiografía (aunque teniendo muy en cuenta que -desde Baudelaire- toda poesía moderna que se precie es autobiográfica). No se me oculta, sin embargo, que ambos poemas -y, en general, todos los que integran *Poemas póstumos*- revelan, comparados con los de etapas anteriores, un acusado "desinterés" por el destinatario, un alejamiento paulatino y continuado de la temática social -muy marcada en los poemarios anteriores- y una palmaria difuminación -casi casi desaparición- del acentuado espíritu de compañerismo de antaño (recordemos que su primer poemario se titulaba, precisamente, *Compañeros de viaje*). No quiero decir con esto que el "tema" de la amistad no aparezca en este último libro, pero sí entiendo que hay un predominio absoluto del yo, especialmente en los dos poemas comentados, en los que el interlocutor del poeta barcelonés Jaime Gil de Biedma es el personaje poético "Jaime Gil de Biedma". De ahí que sus poesías completas lleven un acertadísimo y revelador título: *Las personas del verbo*. Mas las personas del verbo no son únicamente los pronombres al uso, sino también el nombre y los apellidos del poeta Jaime Gil de Biedma, a su vez convertidos en ficción, en imagen hecha a semejanza suya, en simulación. De ahí, en fin, el texto de la contracubierta de la edición de 1982, en el que puntualiza al respecto como sigue:

Quizá hubiera que decir algo más sobre eso, sobre el no escribir. Mucha gente me lo pregunta, yo me lo pregunto. Y preguntarme por qué no escribo inevitablemente desemboca en otra inquisición mucho más azorante: ¿por qué escribir? Al fin y al cabo, lo normal es leer. Mis respuestas favoritas son dos. Una, que mi poesía consistió -sin yo saberlo- en una tentativa de inventarme una identidad; inventada ya, y asumida, no me ocurre más aquello de apostarme entero en cada poema que me ponía a escribir,

que era lo que me apasionaba. Otra, que todo fue una equivocación: yo creía que quería ser poeta, pero en el fondo quería ser poema. Y en parte, en mala parte, lo he conseguido; como cualquier poema medianamente bien hecho, ahora carezco de libertad interior, soy todo necesidad y sumisión interna a ese atormentado tirano, a ese Big Brother insomne, omnisciente y obicuo -Yo.

VI. Concluyo señalando que los aspectos presentados desbordan, pese a la parvedad de los ejemplos elegidos, las coordenadas tradicionales del llamado *pacto autobiográfico*. Debería aún mencionar aunque sea de manera muy fragmentada y a modo de ilustración, un ejemplo de "memoria" anterior a los límites temporales biográficos (los "recuerdos" suelen ser, como es sabido, "prestados", pues los recuerdos propios no pertenecen al campo de la imaginación), otro referido a su infancia y otro de "memoria abolida". Del primero -"Barcelona ja no és bona, o mi paseo solitario en primavera" (*Moralidades*)- entresaco estos versos:

En los meses de aquella primavera
pasaron por aquí seguramente
más de una vez.
Entonces, los dos eran muy jóvenes
y tenían el Chrysler amarillo y negro.
Los imagino al mediodía, por la avenida de los tilos,
la capota del coche salpicada de sol,
o quizá en Miramar, llegando a los jardines
[...]
Sólo por un instante
se destacan los dos a pleno sol
con los trajes que he visto en las fotografías:
él examina un coche muchísimo más caro
[...]
y ella se vuelve a mí, quizá, esperándome,
y el vaivén de la rosas de la pérgola
parpadea en la sombra
de sus pacientes ojos de embarazada.
Era en el año de la Exposición.
Así yo estuve aquí

dentro del vientre de mi madre,
y es verdad que algo oscuro, que algo anterior me trae
por estos sitios destartalados [pp. 79-80].

El segundo lleva un título revelador -"Infancia y confesiones" (*Compañeros de viaje*)-; dice así:

Mi familia
era bastante rica y yo estudiante.

Mi infancia eran recuerdos de una casa
con escuela y despensa y llave en el ropero,
de cuando las familias
acomodadas,
como su nombre indica,
veraneaban infinitamente
en *Villa Estefanía* o en *La Torre*
del Mirador
y más allá continuaba el mundo
con senderos de grava y cenadores
rústicos, decorado de hortensias pomposas,
todo ligeramente egoísta y caduco.
Yo nací (perdonadme)
en la edad de la pérgola y el tenis.
[...]
De mi pequeño reino afortunado
me quedó esta costumbre de calor
y una imposible propensión al mito.

En el último -"De vita beata" (*Poemas póstumos*)-, el venero horaciano de antaño ha quedado definitivamente enterrado y atorado:

En un viejo país ineficiente,
[...]
poseer una casa y poca hacienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pagar cuentas,
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia.

Quedan aún algunos aspectos sin señalar que aportarían elementos novedosos y complementarios a los apuntados. Mas la mera enumeración y su inclusión en un apartado de conclusiones teóricas generales desbordaría con creces los límites del espacio que me corresponde. Ya se brindará otra ocasión.

J. M. LÓPEZ DE ABIADA

NOTAS

(1) *L'Autobiographie en France*, Paris, Armand Colin, 1971, p. 14.

(2) "A favor de Jaime Gil de Biedma". Este ensayo fue concebido como prólogo a una selección de poemas de Jaime Gil de Biedma, que no llegó a aparecer. Está recogido ahora en el número monográfico de *Litoral* (Torremolinos, 1986, números 163-164-165, pp.61-66). El pasaje citado está en la p. 65.

(3) Federico Campbell: "Jaime Gil de Biedma o el paso del tiempo", en *Infame turba*, Barcelona, Editorial Lumen, 1971, pp.243-258. Las páginas correspondientes a los pasajes citados van indicadas entre paréntesis.

(4) Es decir, el sótano de la calle Muntaner que Gil de Biedma tuvo alquilado entre 1959 y 1965. Carlos Barral rememora ese sótano en varias ocasiones (p. ej., en *Los años sin excusa*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 276-277). Reproduzco algunos pasajes a modo de ilustración: "Desde que Jaime Gil habitaba su sótano de la calle de Muntaner los encuentros de buena parte de los tertulianos de la calle del profeta eran casi diarios. Al sótano de Jaime, un extraño apartamento sin luz de día, de blancas paredes y puertas esmaltadas en negro, decorado con unos cuantos muebles nobles, acudíamos unos cuantos casi cada noche, antes de la cena, pero con frecuencia con la intención de comer juntos en cualquier parte y de regresar allí para las últimas copas. [...] El sótano de Jaime, en cambio, me sugiere la imagen de la hoya de un remolino. Es quizá la memoria del pozo de la escalera, cortado a filo en el mármol del pavimento del umbral, un pozo sin barandillas que el alcohol podía disfrazar de vertiginoso, y la sensación casi constante de que aquella casa estaba debajo de la superficie transitada. [...] Alguien había dicho que aquella sala con divanes y *caqueteuses* estaba aculotada de conversaciones como de alquitranes la cazoleta de una pipa.".

(5) Cfr., p. ej., entre las varias entrevistas que se podrían citar, Maruja Torres: "Jaime Gil de Biedma. Un sentimental incontrolado", *El País Semanal*, núm.319 (22-V-1983), pp. 11-13.

(6) "Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma". Cito por la edición de sus "Poesías completas": *Las palabras del verbo*, Barcelona, Barral, 1982, pp. 156-157.

(7) "Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma", [pp. 155-156]. Carme Riera identifica a todas las personas: "Angel no es otro que el poeta Angel González; Juan, el más citado, el novelista Marsé; María Rosa se apellida Campos; Marcelino, Someso; y Joaquina, la futura mujer de Marsé, Hoyas." (*La Escuela de Barcelona, Barral, Gil de Biedma, Goytisolo: el núcleo poético de la generación de los 50*, Barcelona, Anagrama, 1988, p. 90).